

## Mirando al barrio



Desde que comenzaron a formarse los barrios en nuestras ciudades, hace ya más de 50 años, muchas cosas han ocurrido en nuestro país y en el mundo. Mucho también se ha dicho y se ha escrito sobre este asunto de los barrios, tema al cual han concurrido políticos, profesionales de diversas disciplinas, religiosos, ONG's, instituciones públicas y privadas y un sinfín de actores. Todos, de una u otra forma, con una u otra intención y con mayor o menor éxito, intentaron desarrollar iniciativas que incluyen políticas públicas, trabajos de investigación y hasta actividades de voluntariado. Pero lo cierto es que los barrios siguen allí, creciendo indeteniblemente y albergando, según cifras del CONAVI, alrededor de 13 millones de habitantes.

Expresión de la pobreza y desigualdad para algunos, negligencia en la planificación para otros, lo cierto es que el barrio es mundo de vi-

Fernando Giuliani\*

da para personas de carne y hueso. Hombres y mujeres, ancianos y niños, nacidos en su mayoría en esta tierra y otros llegados de países hermanos, que han ido reafirmando su pertenencia a la ciudad que los excluye, y que los empuja, no pocas veces, al resentimiento y a la violencia. Sin embargo, a lo largo de todos estos años, el habitante de barrio ha librado una lucha silenciosa, construyendo su casa palmo a palmo, buscando un lugar donde ofrecer sus brazos para el trabajo, enfrentando emergencias cotidianas que forman ya parte de su vida, pero tratando siempre de salir hacia adelante aunque los problemas lo agobian. Así la inmensa mayoría de los barrios nos muestra esa ambivalente realidad de violencia, ano-

mia y desintegración, junto a la esperanza y el esfuerzo constante para una vida mejor.

A lo largo de esa lucha siempre estuvo presente la organización comunitaria con sus aciertos y con sus errores, con sus logros y sus frustraciones. Desarticulada quizás, de un proyecto mayor que le permitiera mantener acciones y fijarse objetivos a largo plazo, para coronar transformaciones profundas en el contexto del barrio. Como sea, lo que parece de todos modos innegable es que si bien en el barrio se han acumulado muchos problemas, no es menos cierto que se ha acumulado experiencia y conocimiento. El barrio se ha consolidado y representa, de muchas maneras, una oportunidad de transformación para sí y para la ciudad de la que forma parte, puesto que desde ese lugar y mundo de vida sus pobladores tienen mucho para decir y hacer.

Es con esa inquietud que asumimos estas páginas, para recrear en ellas lo que el barrio nos dice desde su cotidianidad. Para ello optamos por no hacer un análisis académico o técnico del barrio, sino más bien, intentar hacer visible su presencia en nuestra revista a partir de las experiencias que compartimos con comunidades que nos son cercanas y de las reflexiones que tres buenos amigos de larga trayectoria comunitaria en El Guarataro, La Trilla y San José de La Urbina, compartieron con nosotros.

### La década de los 90: el deterioro económico

Llegó el final del siglo veinte y nuestros barrios siguieron allí, más grandes, con más pobladores, con más problemas, con más pobreza. El deterioro económico del país, progresivo y constante a lo largo de los 90, se hizo sentir con fuerza en el barrio. Mayor desempleo, cada vez menos oportunidades, y la calidad de vida cada vez más deteriorada, todo lo cual, se expresa de muchas formas.

La casa del barrio, ejemplo visible del esfuerzo y la inversión constante de sus habitantes, comienza a mostrar signos de menoscabo. En efecto, ya no se construye con la misma calidad, ni se pueden hacer todas las reparaciones y mejoras que se requieren. La pintura se posterga de un diciembre a otro y así las viviendas ya consolidadas dan cuenta del desgaste, en tanto que las otras, van quedando a medio hacer, parapetadas por aquí y por allá, a la espera quizás de tiempos mejores.

En la vestimenta también se nota el deterioro, según nos cuentan. Ya no se ven las "pintas" de antes, se usa y abusa de la misma camisa, el mismo pantalón, la misma falda. El gasto en la ropa se reserva solamente para el muchacho o la muchacha que aún estudia, no más. «En el barrio nos vamos acostumbrando a usar "chivas", cosa que antes era un signo de vergüenza». Tampoco se alimentan bien en el barrio, la crisis obliga a reducir y a escasear alimentos que, si bien nunca so-

braron, ahora simplemente están ausente. Todos sufren estos rigores aunque la situación es peor para los niños, los ancianos y seguramente para las muchas personas enfermas que requieren alimentación especial.

Hasta las celebraciones, nos dicen, han cambiando en el barrio. Siguen vivas, porque se celebra siempre algo, y para ello se bebe, se come y se baila. Sin embargo, sólo el baile parece no haber bajado su calidad, por fortuna.

### La violencia: amenaza de desmovilización

Dentro de este panorama ocurrió lo esperado. La violencia, que quizás nunca estuvo ausente en nuestros barrios, como no lo estuvo en nuestra sociedad, aumentó en forma indetenible en la pasada década. A tal punto, que la vida cotidiana del barrio la incorpora de múltiples maneras: el maltrato y los golpes a la mujer y los niños en casa; la fiesta que termina en peleas y balaceras; las bandas que se enfrentan por el control de un territorio; la broma que no se tolera y a la que se responde hasta con la muerte.

Lista larga y siniestra de causas y consecuencias anudadas a la pobreza y la exclusión. Cultura de violencia que no contempla historia compartida, que ignora vínculos vecinales y que va acabando incluso con la tranquilidad del habitante del barrio, de sentirse seguro en su propio territorio. Cultura de violencia que encuentra campo fértil en la proliferación indiscriminada de armas fáciles de conseguir y usar. Cultura de violencia que acorrala a la gente frente al miedo y la impunidad y que más de una vez empuja a la gente a tomar la justicia en sus manos.

Así la vida del barrio sufre, quizás, en uno de sus lados más hermosos. El habitante del barrio ya no puede hacer uso de la calle como lo hacía antes, compartiendo la conversación sabrosa con el vecino al final de una jornada de trabajo o hasta tarde en la noche en una fiesta cualquiera. Hoy, hay que recogerse temprano, si no se quiere co-

rrer el riesgo de ser víctima de la violencia.

Pero la violencia no sólo afecta esta cotidianidad, sino que también desmoviliza la participación de la comunidad. Ya no es tan fácil encontrar en el barrio un lugar donde reunirse, ni tampoco se puede hacer a toda hora. Más de una vez los pobladores no pueden pasar de un lugar a otro sin poner en riesgo su propia vida. Tampoco es fácil que personas ajenas al barrio vengan a participar en actividades. Por todo ello, va quedando como opción buscar sitios de reunión fuera del barrio, lo cual no es deseable, ya que se pierde con ello la naturaleza misma de la participación comunitaria.

### La solidaridad sigue viva

En medio de tantas dificultades, de tantas luchas, de tantas privaciones, la solidaridad en el barrio no desaparece. Sobrevive y convive junto a la violencia e incluso junto a los valores mezquinos que suele imponer la sobrevivencia. Allí está siempre la ayuda a la mujer sola, allí está siempre la vecina que cuida los muchachos de otras, mientras ésta acude al hospital a socorrer un familiar enfermo, allí está siempre el barrio entero cuando muere un vecino.

El barrio sabe de solidaridad, sabe de ayuda mutua, sus vecinos saben lo que significa lo que es cuidar el uno del otro. El barrio sabe todo esto desde siempre, desde que sus pobladores construyeron entre todos los primeros barrios precarios, tal como nos contó una vez un viejo fundador de un barrio caraqueño "ése era así: tú abres los huecos, yo paro las maderas, tú clavas, y así éramos a veces 10 ó 12 parando un rancho, mientras otros vigilaban para que no nos viera la policía".

Esa red de solidaridad, invisible a los ojos del que no habita el barrio, nunca presente en los medios de comunicación, ha sido protagonista de la historia de todas las comunidades. Y lo sigue siendo hoy representando uno de sus valores fundamentales y, probablemente,



uno de los principales aportes para el resto de nuestra sociedad.

### El barrio y la participación política

La organización y la participación, ya fue dicho, acompañó la historia del barrio. Seguramente no todos sus pobladores formaron parte de estos procesos. Sin embargo, el empuje y la constancia mantuvo siempre viva la organización comunitaria dentro del barrio. Es difícil encontrar un barrio donde no haya existido o exista una Asociación de Vecinos, un Comité de Salud, un Consorcio Social, una Organización Comunitaria de Vivienda, un Grupo por la cultura, un Comité de Tierras, una Cooperativa y un sin fin de figuras jurídicas, a través de las cuales las personas intentan gestionar iniciativas y proyectos en diversas áreas vinculadas con la esfera pública. Algunas de ellas han surgido a partir de iniciativas del Estado, otras surgidas de la propia gente y otras producto de las alianzas de las comunidades con profesionales y ONG's.

Quizás esté haciendo falta una evaluación cuidadosa de esta larga y variada experiencia de organización y participación comunitaria, la cual nos permitiría a todos conocer y ponderar mejor sus resultados. Sin embargo, podemos ensayar algunas consideraciones.

### El barrio y el Estado

Por muchos años, el enfoque de las Instituciones públicas hacia el tema de los barrios fue predominantemente asistencialista, cuando no directamente clientelar. En el primer caso, se concebía a la comunidad de barrios como incapaz de asumir su propia realidad, como imposibilitada de discernir e identificar sus necesidades, menos aún de participar en sus soluciones. En el segundo caso, se le consideraba una fuente segura de votos posibles de ser canjeados por obras menores e intrascendentes, e incluso por favores personales para algunos pobladores con influencias que pudieran ceder a la tentación.

El vínculo entre este Estado, que para los efectos era el Gobierno, fueron los partidos políticos, cuyos activistas/funcionarios ocupaban los cargos de decisión en la administración pública e infiltraban la organización comunitaria para operar a favor de sus intereses partidistas.

Todo ello fue contaminando las bases organizativas de las comunidades, y casi por regla general, produjo desunión y desintegración en la comunidad, contribuyendo y acentuando la apatía y la desesperanza. Pero también contribuyó a aumentar la confusión en torno a la idea de Estado, la cual terminó por asociarse al Gobierno, al partido y al funcionario, el cual era, en definitiva, el que reservaba para sí el po-

der de las decisiones. Así, este vínculo del Estado con el barrio, estuvo caracterizado más por los favores y "la buena voluntad" del funcionario de turno, que por la responsabilidad institucional frente a los derechos de la gente.

Para finales de la década del 90, este modelo entró en crisis y lo cierto es que la gente del barrio, al igual que la mayoría de la sociedad, dejó de creer en el partido y sus representantes y, por ende, creció la apatía. Pero la organización comunitaria siguió allí, quizás con poco aire, pero buscando de todos modos la materialización de los derechos del habitante de las comunidades.

### El barrio hoy

Hoy, la gente en el barrio siente que sus derechos han sido reconocidos por el Estado y están dispuestos a hacerlos valer. Después de muchos años de invisibilidad en el discurso y políticas del Estado, el barrio hoy se percibe como protagonista de primer orden. Las personas valoran este protagonismo, aún cuando también demandan mayor eficiencia por parte del gobierno y aún cuando perciben cierta improvisación en algunos planes gubernamentales, así como también intransigencia y el manejo arbitrario del poder por parte de algunos funcionarios.

Sin embargo, miran hacia el futuro con esperanza. No confían ni quieren un proyecto que no los incluya, y amenace con "un borrón y cuenta nueva". El barrio sabe de todos modos, que la conquista de sus derechos, se logrará luchando, porque así se los enseñó su historia. En eso están sus pobladores y en eso queremos estar nosotros, para caminar juntos, para hacer algo más que escribir estas páginas, para intercambiar esperanza y aportar a este país que nos cobija a todos.

\* Fernando Giuliani, psicólogo social.